

Los Estados Unidos, el mundo latino y los procesos identitarios en El Salvador

Miguel Huevo Mixco*

Resumen

Este artículo intenta llamar la atención sobre las transformaciones que están protagonizando los latinos en Estados Unidos. Ese “mundo latino” es el espacio donde transcurre principalmente la vida de los migrantes salvadoreños. La primera parte destaca que la migración salvadoreña está incrustada de forma estructural en la economía y la vida social de El Salvador y de Estados Unidos. La segunda detalla, con base en estadísticas, la creciente incidencia de los hispanos —con un importante componente de inmigrantes salvadoreños— en Estados Unidos. Y la tercera, algunos rasgos de esa nueva cultura transnacional que está emergiendo en el territorio salvadoreño y que muchos consideran como “ajenos”, tales como la afición de jóvenes urbanos al *hip-hop* y al uso del grafiti.

Palabras clave:

cultura, El Salvador, hispanos, identidad, latinos, migración internacional, transnacionalismo.

* Ensayista y literato salvadoreño.

Las primeras noticias sobre las migraciones en el actual territorio salvadoreño provienen de hace mil 700 años. En aquellos lejanos días, la erupción del volcán Caldera convirtió en campo yermo más de 10 mil kilómetros cuadrados —la mitad del actual territorio salvadoreño—. Aquel evento forzó a miles de personas a migrar a lugares más seguros. Tuvieron que pasar varios siglos para que esa zona comenzara a repoblarse con las oleadas migratorias provenientes, principalmente, del Anáhuac mexicano. Aquella antigua peregrinación, según la leyenda, venía en busca de una “tierra prometida”.

Desde hace treinta años los salvadoreños han emprendido el camino inverso: buscan el paraíso rumbo al norte. Los saldos migratorios indican que alrededor de mil personas estarían emigrando al día, lo que significa que cada año el 5.3% de la población abandona el país, principalmente hacia Estados Unidos. La mayoría lo hace de forma indocumentada, exponiéndose a toda clase de riesgos. Oficialmente se reconoce que en las últimas tres décadas ha emigrado más del 20% de la población del país; sin embargo, es imposible saber cuántas personas se van, como huyendo de una catástrofe. Los salvadoreños en Estados Unidos viven, al menos, una realidad dual. Por una parte, hay miles de personas que viven en una condición migratoria irregular, dispuestos a hacer trabajos mal pagados, perseguidos por las autoridades y enfrentando la discriminación. Otra parte de esa población ha regularizado su situación migratoria, se ha insertado con éxito en el mercado de trabajo y ha escalado mejores posiciones económicas y sociales en su país adoptivo.

En este trabajo se atienden, principalmente, los cambios culturales que tienen al segundo grupo como actor protagónico —si bien no es el único—. Este grupo, en términos numéricos, representaría alrededor del 46% del total de salvadoreños en Estados Unidos, tomando en cuenta el cálculo de 2.8 millones de salvadoreños —legales e ilegales— contra 1.3 millones que registra el censo de Estados Unidos. La vida de los migrantes no es igual para todos. No es igual para los hombres ni para las muje-

res. Es diferente, también, en dependencia de la ola migratoria a la que pertenezcan, o del contexto de salida del país o el contexto en que toman contacto con la sociedad receptora, aunados a una serie de factores económicos, sociales, culturales y políticos.

Debido a la estrecha relación de las migraciones internacionales salvadoreñas con Estados Unidos, es necesario estudiar lo que esto significa para las personas y las familias que integran ese “circuito transnacional”. La construcción de las identidades de los salvadoreños está siendo muy influida por los flujos migratorios y el intercambio no solo de objetos materiales (ropa, zapatos, enseres domésticos, automóviles, comida, fotografías, etc.), sino también de objetos intangibles (mitos, ideas, destrezas, capital social) que tienen lugar a través de esos lazos sociales compartidos. En este artículo se lanza una mirada hacia algunos aspectos clave del mundo latino en Estados Unidos, el espacio donde transcurre la vida de los inmigrantes salvadoreños, y que ya está teniendo un impacto en la formación de las identidades salvadoreñas.

1. Vidas imprescindibles

La migración ha sido parte de la experiencia social salvadoreña. Desde el siglo XIX, migrantes judíos, árabes, chinos llegaron al país y desde entonces han contribuido a moldear la sociedad y su cultura. Se trata de procesos poco estudiados todavía. El fenómeno migratorio que está produciendo una transformación sin precedentes en la economía, la sociedad y la cultura salvadoreña comenzó a manifestarse a mediados de los años setenta del siglo pasado. En esa década, la diáspora salvadoreña se calculaba en unas 73 mil personas. A partir del año 2000, la cifra podría ser superior a los dos millones de personas. Falta de tierras para trabajar y de empleos dignos, la guerra civil, la represión política, la inseguridad social, el huracán Mitch, los terremotos de 2001 y la erupción del Ilimatepec, así como las expectativas de trabajo en Estados Unidos, han propiciado esta huida. Para Zygmunt Bauman (2005), estos migrantes formarían parte de las multi-

ordinarias poblaciones “superfluas” del mundo (refugiados, emigrantes y demás parias). Pero, hoy por hoy, los ingresos personales de los migrantes salvadoreños en Estados Unidos ya doblan el PIB salvadoreño. El dinero que estos “superfluos” envían ha permitido que sus familias sean menos pobres. Para la economía nacional representa el 80% de los ingresos por exportaciones, y es seis veces el total de la inversión extranjera.

Como se reconoce sin rodeos, el país está a flote gracias al neumático que le han lanzado los que no tuvieron oportunidades y se vieron obligados a cruzar ríos y desiertos, y a enfrentar peligros inenarrables que hacen palidecer cualquier ficción escrita sobre ellos. Se trata, sin embargo, de ciudadanos cercenados que están privados de sus derechos civiles y políticos, y a menudo viven un estatuto legal precario en Estados Unidos. No obstante, ellos, incluyendo a los indocumentados, ejercen su “ciudadanía” en Estados Unidos participando en redes de cooperación laboral y de servicios comunitarios muy efectivas, así como en asociaciones sociales y culturales. Todas estas constituyen conexiones irremplazables con la vida de las sociedades receptoras, que les permiten relacionarse con los entornos latinos y, por extensión, les ayudan a mantener vivos los lazos con sus sociedades de origen.

Muchos de los efectos de este fenómeno han sido una incógnita para El Salvador. En 2005, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) removió la opinión pública cuando aseguró que las migraciones han creado un nuevo país, pero que sus líderes políticos, empresariales y sociales continúan haciendo diagnósticos para uno “que ya no existe” (PNUD, 2005). La afirmación ha sido confirmada con los datos del Censo de Población y Vivienda 2007, que ha establecido la población del país en 5.7 millones de habitantes. Desde 1992, cuando se produjo el censo anterior, se esperaba que en 2007 la población del territorio rondara los 7.1 millones de salvadoreños. Sin embargo, uno de cada cinco salvadoreños ha desaparecido del territorio. Algo que se explica, entre otros factores, por la migración. Ese “nuevo país”

es difícil de comprender si se calculan solo los beneficios de la presencia de “los hermanos lejanos” en la economía del país, ya que las transformaciones más importantes, y probablemente más duraderas, están teniendo lugar en la cultura y en el apareamiento de nuevas formas de ciudadanía.

Ernest Renan definía la nación como un alma. En el caso salvadoreño podría decirse que como consecuencia de las migraciones el alma ya no cabe en su “cuerpo” —el territorio del Estado, organización jurídica delimitada por sus fronteras geográficas—. La emigración de una parte tan considerable de la población del país ha llegado a constituirse en un factor que merma la cohesión de la nación como futuro y proyecto comunes. Diversos trabajos han venido subrayando, desde hace algunos años, que las migraciones le están otorgando nuevos significados a los valores nacionales, pero que, por otro lado, también están contribuyendo a la fragmentación de la nación (PNUD, 2006). La cuarta parte de los salvadoreños ya no participa en la toma de decisiones políticas y en la vida democrática del país, lo que debilita la comunidad política y el compromiso ciudadano. Aunque pertenecen formalmente a su país de origen como ciudadanos, ya no residen en el territorio y no pueden ser sometidos a la autoridad jurídica del Estado salvadoreño. A su vez, la mayoría de los migrantes se ven privados de los derechos mínimos otorgados a los ciudadanos que permanecen en el territorio, como el derecho al voto.

La migración salvadoreña está incrustada de forma estructural en la economía y la vida social de El Salvador y de Estados Unidos. Esto es parte de un fenómeno global en el cual tanto los países emisores como los receptores son dependientes de la migración de trabajadores. Muchos migrantes y sus descendientes mantienen lazos con sus países de origen. La fuerza y la influencia de esos vínculos son fundamentales para entender de manera más plena las migraciones contemporáneas y para comprender la nueva diversidad cultural que tiene lugar tanto en los países receptores como en los emisores. Como han anotado Levitt y Glick Schiller (2004),

las vidas de un número creciente de individuos ya no pueden entenderse con tan solo mirar lo que sucede dentro de las fronteras nacionales. Nuestro lente analítico, de manera necesaria, debe ser ampliado y profundizarse, ya que los migrantes se encuentran situados dentro de campos sociales en múltiples grados y en múltiples lugares, que abarcan a aquellos que se trasladan y a quienes se quedan.

Portes y DeWind (citados en Benítez, 2007) describen este proceso con la imagen de un movimiento ininterrumpido de ida y retorno que permite a los migrantes mantener “vidas duales” en las sociedades de origen y las de destino.

Aunque describir la migración como un proceso de ida y retorno es apropiado, a menudo este consiste en un largo tránsito con numerosas estaciones. El tránsito puede prolongarse por años, en muchos casos sin que se sepa con exactitud a qué lugar se llegará. El carácter clandestino y al margen de la ley de muchas experiencias migratorias no solo vuelve el viaje más peligroso y arriesgado, sino que también se vive como un espacio donde “todo se vale”. Los migrantes indocumentados no son grupos disciplinados, y no siempre se rigen por códigos de solidaridad. Diversos testimonios, especialmente de mujeres, dan cuenta de los riesgos que corren a manos no solo de las autoridades, las bandas de traficantes humanos, las pandillas y los “coyotes”, sino de sus mismos compañeros de ruta, donde los más fuertes y hábiles someten al resto a tratos humillantes y arbitrarios, con episodios de violencia, alcohol y abusos sexuales (Hernández, 2008). La actitud del migrante hacia sus pares o connacionales en medio de la trashumancia migratoria son aspectos todavía poco estudiados.

Todos estos procesos están relacionados con la cultura. La cultura se encuentra en el centro de las luchas por el poder, la visibilidad social, el reconocimiento político y el respeto a los derechos y la identidad social y económica. Al hablar de la cultura salvadoreña de nuestros

días deben considerarse los procesos que tienen las costumbres y creencias, los hábitos de consumo, el arte, la literatura, etc., que tienen lugar dentro del territorio salvadoreño, y también los que ocurren en el seno de la cultura estadounidense y, más específicamente, en las culturas del mundo latino en Estados Unidos. Esto proyecta una nueva luz sobre la manera de concebir y vivir la cultura salvadoreña, y sobre las relaciones de la sociedad salvadoreña y de sus instituciones con Estados Unidos. El ensanchamiento del campo de “lo cultural salvadoreño” más allá de los límites territoriales (el alma que ya no cabe en el cuerpo) y la existencia de nuevas prácticas rituales y simbólicas, que tienen consecuencias directas para la vida social, plantea un reto para los estudios sociales y culturales.

2. Una inmensa minoría

En unas décadas, los hispanos¹ —con un importante componente de salvadoreños— cambiarán a Estados Unidos. Anualmente arriban a ese país un millón de latinoamericanos. No son los únicos que llegan, por cierto. Tampoco Estados Unidos es el único destino de los latinoamericanos. Aunque es imposible saber con exactitud los números, y a menudo estos son muy contradictorios dependiendo de la fuente, para la Cepal los migrantes de la región latinoamericana aumentaron de 21 millones en 2000 a casi 25 millones en 2005, constituyendo el 13% del total mundial de personas migrantes. En los últimos años, la mitad de los migrantes latinoamericanos son mujeres que viajan muchas veces solas en busca de oportunidades laborales, enfrentado enormes riesgos en la travesía.

Aunque las migraciones latinoamericanas han incrementado su presencia en Europa, sobre todo en España, donde el número de emigrantes latinos se multiplicó por cinco entre 1995 y 2003 (BID-Fomin, 2007), el destino favorito sigue siendo Estados Unidos. El censo estadounidense de 2000 contó 35.2 millones de hispanos, que representaban el 12.5% de

1. En este texto se utilizan de manera indistinta los términos “hispanos” y “latinos”.